PRESENTACION.

El libro de Imelda Ortiz “Las vetas del Centenario en San Luis Potosí (1592-1910)” que sale ahora a la luz, es un acontecimiento de celebrarse. ¿Por qué, cuál es el significado que tiene y para quienes? Alrededor de estas preguntas, en apariencia sencillas y cuyas respuestas vamos a dejar a los lectores, aparecen, ante nosotros, en cascada, inevitables reflexiones hermenéuticas, todo un ejercicio de interpretación para dar argumentos que sometemos a juicio para hacer posible la tarea.

Lo primero a destacar es que su investigación se inscribe, con alta calidad científica y estética, en las recientes y cada vez mas extendidas conmemoraciones que están rebasando las intenciones políticas iniciales y muestran ya una tendencia a convertirse en ***habitus****,* en interiorizacionesculturales que pueden llevarnos hasta los mas recónditos niveles de las conciencias colectivas y los imaginarias y las identidades, y que también propician el desentrañamiento de la complejidad del mundo de la vida. Y podríamos aventurarnos a decir que está sucediendo, debido a las inéditas condiciones en que nuestro país se ha sumergido, y que nos dejan con tanto azoro que apenas podemos convencernos que empezamos a concluir la primera década de un nuevo siglo y un nuevo milenio, que nuestro imaginario había estado construyendo como un sueño mas allá del arco iris.

Sin embargo, aunque para bien -en oposición de esos eruditos del pragmatismo, que rondan las instituciones culturales y a veces las saturan- esta singular investigación potosina, incursiona en el origen mismo de la ciudad capital y de su estado, de su arquitectura y su urbanismo, lo desentraña minuciosamente, le sigue el paso, para detenerse en los comienzos del siglo pasado, como si fuese un camino, trotado elegantemente, con pasión y sabiduría que se acrecientan al paso de los cerca de quinientos años que abarca.

Empero, no se trata, ni pensarlo, de un estudio o análisis del ***pasado***, por el sólo gusto de recrearlo. Se trata, y el lector lo irá constatando, de una ***construcción*** **de** **historia** **y de** **historias**. Es, a su modo, una respuesta más -bienvenida– a la crucial pregunta que desde que nació, se asentó como paradigmática: ***historia*, *¿para* *qué?***

Imelda responde a esta pregunta de manera amplia, con todo su trabajo, y de manera contundente, con una frase, en sus paginas iníciales: “el futuro empezó ayer”.

Dejemos, que ella misma esboce su recorrido: “La investigación va de algunos datos históricos sobresalientes respecto del origen que fundamenta la ciudad que hoy tenemos, ***incluida la implantación del sistema ferroviario***, su voluntad de comunicación antes que al sur, al norte hasta llegar a la celebración del Centenario y su producción palaciega”(las cursivas son nuestras). Asimismo, y esto es medular en su trabajo, resalta el interés por rebasar un discurso sólo centrado en las características formales de la ciudad y su edificación, (que ahora obsesiona a un buen número de estudiosos de la arquitectura, en aras de una competencia enclaustrada en una sedicente “cultura de “expertos”), para incorporar disciplinas que, o fueron expulsadas del campo, o simplemente nunca estuvieron en él, o que simplemente, aún no surgían. Es el caso, y lo subraya la autora, de la sociología: “No es un estudio sociológico pero es comprensible que un espacio urbano no habitado es una ruina o un sitio arqueológico en el mejor de los casos. El hombre es la razón de la arquitectura” (subrayado nuestro).

Pero no sólo se trata de considerar al hombre del funcionalismo arquitectónico, que como bien sabemos, era concebido como un raquítico ente de “dimensiones medias” y unas cuantas necesidades primarias. Tampoco se trata del hombre ***unidimensional***, descrito por uno de los fundadores de la “Teoría Crítica de la Sociedad”, el ya legendario Herbert Marcuse. El pronunciamiento de Imelda Ortiz convoca al hombre-sociedad, histórico, integral, político, con intereses económicos, pero capaz de crear, demandar y soñar. Asimismo, como un hombre diverso, generador de identidades y alteridades. En fin, en su caso, potosino, nacional y planetario.

De suyo –y esto lo decimos por quienes estamos comprometidos en el rebasamiento cognoscitivo de nuestras disciplinas- entendemos la diversidad de éstas que se requeriría para cumplir, “al pie de la letra” el cometido planteado. En abono a la intención, tenemos que reconocer que se está generando una tendencia con ese propósito. Reconocemos también que no es un prurito o capricho de investigadores: se trata de una necesidad histórica: la de enfrentar la fragmentación cognoscitiva, de raigambre secular, generada, cuando menos, por el positivismo. El saldo ha sido cruel: dos posiciones epistemológicas, el **apriorismo** (pensar que la realidad social y natural, ***tiene******que ajustarse a la teorización que se hace******de ella***) y el **empirismo** (plantear que basta con contar, pesar, medir y describir los objetos queencontramos en nuestro entorno, para conocerla).Lógico, ahora contamos con una enorme cantidad de trabajos científicos que contienenalgunas de esas dos maneras reduccionistas de ver el conocimiento, pero que ante la complejidad del mundo nos conducen a un callejón sin salida.

No puede dejar de presentarse aquí, aunque sea una mínima fracción del trascendente discurso de Edgar Morin “Los siete saberes para la educación del futuro”, que están conmoviendo al mundo del pensamiento, escrito en los albores del siglo XXI:

“la condición humana está desintegrada. Tenemos algo de la sociedad humana en la sicología y algo de biología humana en la biología, pero todos esos conocimientos se encuentran dispersos. Ahora bien, enseñar la condición humana necesita movilizar, a mi parecer, todas las ciencias.”Y llegado el momento, aparece el reconocimiento moriniano del carácter omnicomprensivo de la historia, y el papel de la literatura y de la poesía, sobre todo cuando habla de la necesidad de “situarnos en el mundo”:

“Esto necesita la contribución de las ciencias de la tierra no solo para situar nuestro planeta, sino también para situarnos en nuestro planeta. También necesita la movilización de las ciencias de la vida y de la evolución,” y por supuesto “la movilización de la prehistoria que nos enseña cómo la humanidad ha salido de la “animalidad”…. “la historia como un destino integrado en la historia humana. Es decir, que ser humano significa a la vez ser un individuo que forma parte de una sociedad y una especie”. Ahora bien, todo esto se debe integrar y agregar que el aporte de la literatura, la poesía y las artes es también necesario.

Estos son, apenas las reflexiones mas generales, de carácter epistemológico, que suscita la lectura de “Las vetas del Centenario…” Y las suscita, porque a juicio nuestro, en su desarrollo, contiene esa problemática cognoscitiva que la autora enfrenta de manera brillante.

Vayamos ahora a otro acercamiento. Si alguna disciplina ha mostrado vocación de transdisciplina es la historia. Pero en el interior mismo de ésta, la dialógica entre fragmentación e integración se ha dado, y no han sido pocas sus batallas. Aquí mencionaremos dos, -arriesgándonos al esquematismo-, pertinentes con la factura del libro que estamos comentando. Esas batallas, vistas con un pensamiento epistemológico, podríamos insertarlas en la azarosa mutación de lo simple a lo complejo, o en la búsqueda de la complejidad. El primero de los hitos, y mil disculpas por el eurocentrismo, es el planteamiento de la “Historia Total”, de Fernando Braudel y Pierre Vilar, que desde la primera mitad del siglo XX, tendieron a dar cuenta de las relaciones sociales y sus cambios y a la incorporación de los procesos socioeconómicos (no de balde su vinculación con el materialismo histórico). El segundo, es, naturalmente el arranque epistemológico de Edgar Morin, y el tercero es la bien soportada demanda de I. Wallernstein acerca de *asumir* *la historia como* ***sistema******complejo****,* hecha también en los albores del siglo XXI, en su desconcertante libro “Impensar las ciencias sociales”.

¿A dónde nos llevan estos delineados, en el caso de la historia de las ciudades y por ende, de su edificación? Nos atendremos, por lo pronto a las agudas y documentadas palabras de Ricardo Tena (en su libro “Ciudad, cultura y urbanización sociocultural”, 2007) cuando analiza los diversos enfoques actuales en torno al tema. Una vez que ha puesto a la luz la incorporación a los procesos urbanos de disciplinas derivadas de la geografía moderna y contemporánea, y cuando aparece la problemática de la complejidad y las nuevas tendencias de la cultura, ya despojadas de sus nichos exclusivos y permeadas por los desarrollos antropológicos. ¡Un ejército de disciplinas al ataque!, avizora y contrapone dos tendencias: ***la* *ciudad vista desde afuera y******desde lejos****,* y en la contraparte, ***la******ciudad vista desde cerca y por dentro.*** Es clarísimo que con ésta última, está hecha la urdimbre de Las Vetas del Centenario...” en ascenso seguro hacia el “rebasamiento cognoscitivo de las investigaciones urbanas en América Latina·” (R. López Rangel, 2003).

Acerquémonos más al trabajo de Imelda: parafraseando, falta que giremos más por dentro y más de cerca en la compleja estrategia de conocimiento que muestra su discurso. Dentro de la indudable originalidad de éste, lo vemos vinculado a otras dos líneas, dentro de su indudable originalidad, que están a la vanguardia, interdefinidas e implicadas, de los análisis de los estudios socioculturales del territorio urbano, del cual forma parte indisoluble la arquitectura e incluso el denominado mobiliario urbano. Estamos aterrizando.

Las dos líneas se mueven entre las vinculaciones entre la sociedad y el territorio urbano. La primera, representada por Gilberto Giménez (1996-2001) hace hincapié en el ***valor social de la cultura y en la apropiación subjetiva del******territorio******urbano***(que nosotros justificamos como una reacción al menosprecio de las disciplinas convencionales con respecto a la subjetividad, a la cual se le considera “no científica”). La segunda (asumida por Fernando Tudela, y los urbanólogos actuales que asumimos el pensamiento de E. Morin y Rolando García,) que plantean que el territorio urbano es multideterminado por un conjunto de procesos objetivos y subjetivos que se interdefinen:***económico-productivos, sociopolíticos, ideológicos, tecnológicos, de prefiguración, de la cultura y los imaginarios. El territorio es construido y transformado por esos procesos, y a su vez los transforma, a través de una dialógica compleja.***

Ahora bien, el seguimiento de la historiade la ciudad de San Luis Potosí contiene en un discurso unitario, la problemática de ambas líneas. Veamos:

Giménez nos dice, con una contundencia jesuítica de ahora, que ***El territorio no es un dato, es un espacio socialmente valorizado y culturalmente construido.***

La declaración de entrada al tema de la ciudad de San Luis Potosí, surge de esa convicción, y atrae de inmediato a su carácter multideterminado: “***La configuración del estado no responde a condiciones geográficas o culturales sino a históricas y políticas”***

Y por su parte, Giménez apunta: ***El territorio es objeto de apropiación subjetiva y objeto de apego, por tanto, es el lugar de identidades locales. La evidencia de escalas espaciales: supranacional, regional, local, y ésta última como barrio, zona o lugar.***

El desarrollo del texto de las vetas del Centenario hace obvias ambas líneas teóricas cuando relata y subraya la conformación de la ciudad por siete barrios, (con iníciales pobladores indígenas y algunos negros e hispanos) desde Santiago del Río hasta San Miguelito y Tequisquiapan. Queda sugerida, así, en parte, la estructura de las identidades locales, pero también la estrategia administrativa y política que los conjunta: “***La organización del pueblo de San Luis Minas del Potosí en los barrios fue la solución más idónea para catalizar las fricciones propiciadas por la convivencia de los grupos que intervinieron en la consolidación de la nueva sociedad por pertenencia o por la participación en las actividades mineras”.***

Naturalmentela conformación de las identidades potosinas, no se da por decreto, constituye un proceso del cual la autora da cuenta, en el transcurso de su historia. ***“Pensemos en la caótica reunión de huachichiles, chichimecas, tlaxcaltecas, tarascos, otomíes, negros y españoles de diverso origen, las diferencias fueron subsanadas con la sectorización en siete barrios que igualan la cantidad de las etnias convocadas. La identificación de los habitantes con sus villas se obtuvo mediante la socialización de las actividades comunitarias inherentes a los templos, sus atrios y las plazas”.***

El rol de los procesos económicos es expansivo en la conformación de la ciudad y de sus identidades. Pero estos no se dan sin los políticos que dependen de manera crucial, en su comienzo y hasta la independencia con respecto a la Corona ultramarina.

En el propio nombre de la ciudad - y después de varios intentos - está el ***imaginario***, de dimensión latinoamericana e hispánica, fuertemente unido a la riqueza minera del lugar, descubierta en 1523. Imelda recrea un escenario fantástico (aunque no se borran los dramas de la conquista):

**“*Del por qué se le llamó San Luis puede proceder del primer convento franciscano fundado un 25 de agosto, día de San Luis Rey de Francia o porque el virrey Velasco así se llamaba. Potosí por evocar a las riquezas de la mina boliviana del mismo nombre, que viene del quechua pputunsi, manar o brotar y de forma tan caudalosa brotó que la palabra se volvió sinónimo de riqueza inagotable, dice José N. Iturriaga, Viajeros extranjeros en San Luis Potosí. Fray Diego de Basalenque recreó al Potosí original como un pilón de azúcar de grande boj. Finalmente, desde 1609 en la documentación oficial quedó asentado el nombre de San Luis Potosí”***

Y así, continúa Imelda, la ciudad nació con voluntad minera, y ciertamente desde ese nacimiento estuvo acompañada por la arquitectura, junto al sentido de pertenencia: *“****Aparecieron las primeras edificaciones de los espacios religiosos, los espacios públicos y las modestas viviendas en derredor”.***

En su caudalosa aventura por la historia de la ciudad, fue construyendo varias historias, que nacen de la matriz de los procesos urbanos: historia económica, historia social, historia política historia -ésta, como una verdadera clave epistemológica-, historia de los lenguajes arquitectónicos o “estilos”: historia de los imaginarios, la vida cotidiana e incluso historia de los materiales de construcción y de las tecnologías….Y esto no fue, estamos seguros, porque se propusiera una organización holística a sabiendas incontrolable y el temor al “hastío de un tema sin fin”, sino porque intentó, con éxito, realizar una investigación para poder contarnos desde sus orígenes hasta el primer centenario de la historia de su ciudad y de sus actores, y se impuso un rigor especial para encontrar cuales hechos se relacionan entre sí, y sobre todo, ***las******múltiples dependencias entre ellos****.* Yno se recató en la búsqueda de información en fuentes primarias de difícil acceso para lograr su cometido.

Lamentablemente para nosotros, no alcanza el espacio para llenar los vacíos que deja este prólogo. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar dos, que consideramos de gran importancia:

1.-Esta investigación de Imelda Ortiz cubre el propósito explícito de mostrar a la ciudad de San Luis Potosí a partir del patrimonio heredado “o de lo de que de él quede”, con el fin de crear ahora, en los comienzos del siglo XXI, conciencia en el valor de las producciones del pasado para fundamentar su conservación y así alcanzar la nominación del centro histórico ***patrimonio cultural de la humanidad.***

El llamado que hace la autora para que el ciudadano potosino muestre su respeto para estos valores que de suyo son patrimoniales, está soportado con esta investigación y proporciona elementos para su defensa, al mismo tiempo que reclama el carácter colectivo para su logro. Se inserta así este trabajo en la ***dimensión******ética******social******y política***demandada por el conocimiento complejo. Pero también le señala rumbos a la estrategia cognoscitiva ante “la diversidad infinita de los enfoques que una estructura espacial ofrece” y “sus mil y un puntos de vista”.

Esos rumbos de la estrategia -que hemos esbozado en el curso de nuestra presentación y que el trabajo de Imelda Ortiz contiene- son “mecanismos de control” para que la organización de los procesos que intervienen en los propósitos de la investigación no se pierda en el caos.

1. En el principio de esta presentación, cuando hablamos de los “Siete saberes para la educación del futuro” y de la demanda para enfrentar la desintegración actual del conocimiento, a través de la movilización de “todas las ciencias”, Morin reclama la presencia de la literatura y la poesía, para situarnos en el mundo. En este sentido, el texto de Imelda, cubre esa demanda de manera especial: no sólo recurre a la literatura y la poesía, por medio de multitud de atinadas y felices transcripciones en epígrafes y notas, que refuerzan el contenido de sus diversos capítulos y apartados, sino **que hace literatura y poesía** en su discurso. O sea, como lo planteamos al principio: no sólo su discurso es científico, se trata también de un discurso **estético.**

**No nos resta sino da**r la bienvenida a este extr**aordinario** tr**abajo de Imelda Ortiz, y espero que con lo expuesto, el lector tenga argumentos suficientes para responder por su cuenta a las preguntas iniciales de esta presentación y para las que vayan surgiendo en el transcurrir en la mente de los lectores. Así funciona el pensamiento complejo.**

Rafael López Rangel, abril del 2009.